



*A salvo
en
casa*

造
魔
公
義

RANDY
ALCORN

DEDICATORIA

A GRAHAM STAINES,
que dejó su hogar en Australia para servir a
los leprosos en India por treinta y cuatro años.

A PHILIP STAINES (de diez años de edad) y
TIMOTHY STAINES (de seis años de edad) que a
las doce y treinta de la noche el 23 de enero de 1999,
mientras su padre tenía sus brazos alrededor de ellos,
fueron quemados vivos por una turba en India;
asesinados a causa de Aquel que ellos conocían y servían.

A GLADIS STAINES,
que continúa ministrando a los leprosos y
que le dijo a toda la India: «Yo no estoy amargada
o enojada. Yo tengo un gran deseo: que cada
ciudadano de este país establezca una relación personal
con Jesucristo, que dio su vida por sus pecados».

A ESTHER STAINES,
la hija de Graham y Gladis (entonces
de trece años de edad) que dijo:
«Yo alabo al Señor que encontró
a mi padre digno de morir por Él».

A LOS CIENTOS DE HOMBRES, MUJERES,
Y NIÑOS MATADOS A CAUSA DE CRISTO CADA DÍA,
desconocidos por el mundo pero observados por los ojos del
cielo; aquellos de los cuales el mundo no es merecedor.

RECONOCIMIENTOS

NO PUEDO nombrar a algunas de las personas que han ayudado más en las investigaciones y en escribir este libro. Si lo hiciera, pudiera poner en peligro su seguridad o su oportunidad de ministrar.

Un agradecimiento especial a Sau-Wing Lam, CH, CCH, JM, MJ, PE, JG, y SEP por su consejo experto acerca de la cultura, la geografía y el idioma chino. Fue un proceso largo y laborioso tratar de estandarizar la ortografía china en sus formas Pinyin apropiadas. Esto involucró proceder con dificultad a través de varias formas de deletrear palabras chinas en mandarín, en cantonés, en el idioma de Hong Kong y de Taiwán, y variaciones estadounidenses. Algo para lo que realmente mi propia experiencia de siete días en China no me capacitaba en lo absoluto.

Aun los expertos algunas veces no estaban de acuerdo en los deletreos. Finalmente tuve que decidir sobre la base de la mejor información que podía adquirir. Mis más sinceras gracias a Sau-Wing (que incluso me envió grabaciones para que yo pudiera pronunciar las palabras apropiadamente, al menos en mi cabeza) y a MJ por sus respuestas rápidas y rigurosas a mis interminables preguntas por correo electrónico. Ellos reciben el mérito por las veces que lo entendí correctamente, y yo tomo total responsabilidad por el resto.

Gracias a Doreen Button por sus sugerencias en el manuscrito inicial. Por hacerme llegar material pertinente o darme consejos técnicos, doy gracias a Tom Dresner, Ted Walker, Barry Arnold, Bob Maddox, Diane Meyer, Jim y Erin Seymour, Doug Gabbert, y Diane Vavra. Gracias a Bonnie Hiestand y

Penny Dorsey de *Eternal Perspective Ministries* [Ministerios Perspectiva Eterna]. Gracias a Kathy Norquist por revisar cada palabra del manuscrito final y darme sugerencias valiosas. Y gracias a Janet Albers por su excelente lectura de pruebas.

Gracias a mi esposa, Nanci, mi mejor amiga, que trae tanto gozo a mi vida y me soportó pacientemente cuando yo estaba inmerso en este proyecto. También mi más profundo aprecio por mis hijas, Karina y Angie, que me ayudan en todo lo que hago. Estoy agradecido a Dan Franklin y Dan Stump, que pronto serán mis yernos, dos hombres devotos que Dios ha escogido por parejas para dos mujeres devotas. Que ustedes honren al Rey mientras aman y guían a nuestras preciosas hijas. También, quiero reconocer a Melissa Allen, que pidió que ella pudiera ser nombrada en uno de mis libros.

Gracias a mi amigo Ron DiCianni por su cuadro *Safely Home* [A salvo en casa] y a Steve Green por su canción «Safely Home» [A salvo en casa], ambos de los cuales se enfocan en un mártir yendo a su hogar en el cielo. En cierto sentido, este libro, *A salvo en casa*, es la tercera parte de una trilogía artística. Aprecio profundamente el corazón de Ron DiCianni por los perseguidos y su entusiasmo en unirse a mí para dedicar las regalías del libro para apoyarles. Mientras estaba escribiendo, escuché con frecuencia no solo «A salvo en casa» de Steve Green sino también su canción «The Faithful», con su expresión evocadora y triunfante de las palabras de Tertuliano habladas en el segundo siglo: «La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia».

Estoy en deuda con *The Discovery of Genesis: How the Truths of Genesis Were Found Hidden in the Chinese Language* de C. H. Kang y Ethel Nelson. He extraído información de *Understanding China* y de varios libros de escritores chinos, incluyendo *Thirty Years in a Red House: A Memoir of Childhood and Youth in Communist China* por Xiao Di Zhu.

Extraje información de historias de acontecimientos reales documentados en *By Their Blood; China: The Hidden Miracle; The Coming Influence of China; Their Blood Cries Out*; y varias biografías de Hudson Taylor, al igual que la revista *Christian History*. También he extraído información de las publicaciones de *Voice of the Martyrs* [La Voz de los Mártires], *The Bible League* [La Liga Bíblica], *Overseas Missionary Fellowship* [Compañerismo Misionero Internacional], e *Intercessors for China* [Intercesores para China], al igual que de noticias en muchos periódicos y revistas, incluyendo la revista *World* [Mundo] y *BreakPoint* [Punto de ruptura] de Chuck Colson.

Mientras estaba haciendo investigaciones sobre China, tuve la «ocasión» (en la providencia de Dios) de leer las pruebas de la excelente novela *The Great Divide* de mi amigo Davis Bunn, la cual me alentó a hacer una investigación más profunda acerca del Laogai. Esta investigación contribuyó a mis descripciones de las cárceles chinas.

Sin lugar a dudas, hay innumerables sensibilidades religiosas y políticas que este libro toca. Para cualquiera que sin saber he ofendido, ofrezco mis disculpas y también mi petición por comprensión y quizás por su disposición a considerar otro punto de vista.

Gracias a muchos de Tyndale House Publishers [Editorial Tyndale House], que apoyaron maravillosamente la visión de este libro. Estos incluyen mi editor, Curtis Lundgren, que estudió el manuscrito y ofreció algunos consejos excelentes. También a Jan Stob, Becky Nesbitt, Danielle Crilly, Mavis Sanders, Sue Lerdal, Mary Keeley, Travis Thrasher, Julie Huber, Dan Balow, y muchos otros que han trabajado en varios asuntos relacionados con el libro. Gracias a Ken Petersen, que ofreció comentarios valiosos acerca de la idea de la historia antes que yo comenzara a escribir.

Mi mayor gratitud es para Ron Beers, editor de Tyndale House. Su entusiasmo por este libro, a cada paso, me alentó al igual que me asombró. Mi más sincera gratitud a Ron y a Tyndale House por su pasión por Cristo, visión por su reino y entusiasmo para apoyar *A salvo en casa*.

Estoy en deuda a los fieles guerreros de oración que me apoyaron en oración mientras escribía y revisaba *A salvo en casa*. Si a través de este libro vidas son moldeadas para la eternidad, sus oraciones habrán representado un papel fundamental.

Finalmente, reconozco a mi compañero constante a través de las largas y algunas veces solitarias horas invertidas en este libro. Él es perseguido cuando cualquiera de sus seguidores es perseguido. Él toma personalmente cada acto de deshonra al igual que cada acto de amabilidad hecho a sus discípulos. Gracias, Rey Jesús, por tu lealtad hacia nosotros y hacia cada uno de nuestros hermanos y hermanas que sufren. Gracias por prometernos un reino donde la justicia reinará y el regocijo estará en el aire que respiramos. Que venga ese reino pronto; y hasta que venga, que nos encuentre siendo fieles.

NOTA DEL AUTOR

LA CIUDAD que he llamado Pushan es ficticia. Por lo que yo sé, no hay ninguna Pushan en el área que he descrito. Si la hay, nunca he estado ahí y no conozco de ella. Aunque muchas cosas en este libro han ocurrido realmente de una manera u otra, yo inventé la historia. Sin embargo, traté de mantenerla auténtica y apegada a la realidad en tantos detalles como ha sido posible. Casi todos mis personajes son ficticios. Algunos son compuestos de varias personas verdaderas. Cuando pensaba en alguien en particular, cambiaba su nombre y los detalles de su vida para que fuera imposible identificarlo.

Si usted, el lector, no lo ha hecho ya, sugiero que remueva la cubierta exterior de este libro y vea el cuadro de Ron DiCianni *Safely Home* [A salvo en casa]. Esta bella obra de arte ha servido como una inspiración para esta historia.

TRES HOMBRES observaban atentamente mientras ocurrían acontecimientos peculiares, unos detrás de otros, en lados opuestos del planeta.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó el primero, alto y de piel oscura.

—No sé —respondió el hombre con cabello largo negro—. Pero los engranajes se están moviendo, ¿no es así?

—Está emergiendo un patrón —dijo el tercer hombre, fornido y de anchos hombros—. Algo grande parece que está a punto de ocurrir. Algo más acecha entre las sombras.

—Están convergiendo dos destinos. Pero ninguno lo sospecha.

El hombre alto señaló hacia un gran palacio en la distancia.

—Él busca para encontrar el hombre apropiado para la hora apropiada. ¿Es esta la hora? ¿Es este el hombre? Y si es así, ¿cuál hombre?

—La tierra se aró y las semillas se sembraron hace veinte años —dijo el hombre de anchos hombros—. No. Hace al menos cien años. Ahora veremos qué fruto produce la vid, o si se marchitará y se morirá.

—No están en juego tan solo dos hombres —dijo el hombre de cabello largo—, sino dos familias, quizá dos países.

—En realidad, dos mundos.

El hombre alto extendió una mano hacia los otros dos, que la agarraron firmemente, los músculos de sus antebrazos tensos. Ellos parecían guerreros.

A salvo en casa

—Lo que está en juego es grande.

—Mayor de lo que ellos se pueden imaginar. Mayor de lo que jamás soñamos cuando andábamos en ese mundo.

—Alguien tiene que tomar las decisiones difíciles —murmuró Ben Fielding—. Y no veo a nadie más de voluntario.

Levantó el teléfono de su enorme escritorio de caoba al fondo de su oficina con ventanas, situada en el piso treinta y nueve de la Torre de U.S. Bancorp. Era una mañana soleada de septiembre, y Oregón era el mejor lugar en el mundo para vivir en el otoño, pero él tenía cosas más importantes que hacer que admirar el paisaje.

—¿Doug? Necesitamos hablar.

—Seguro —dijo Doug Roberts desde su escritorio en el departamento de ventas—. ¿Qué sucede?

—Tengo una reunión del equipo administrativo ahora mismo. Pudiera tomar una hora. Te llamaré cuando termine. Asegúrate de estar disponible. Tengo una conferencia telefónica antes de almorzar, y no tendré mucho tiempo.

—Muy bien, Ben. ¿Pero sobre qué deseas hablar?

—Te llamaré cuando esté listo.

Ben aún apretaba el teléfono tres segundos después de haber terminado de hablar. Finalmente lo puso en su lugar.

Doug era su primo, el hijo de la hermana de su mamá. Crecieron en la costa este, a unos pocos cientos de kilómetros el uno del otro. Estuvieron juntos en la mayoría de los días festivos, luchando en la nieve o explorando en la playa o jugando parchís frente a la chimenea.

Ahora ambos trabajaban en Portland, Oregón para Getz Internacional, una corporación multinacional a la vanguardia. Como jefe de un departamento hace quince años, Ben le había ofrecido un empleo en ventas a Doug, y él aprovechó la oportunidad.

Doug tenía tanto potencial. ¿Por qué había forzado su decisión? En un tiempo él fue una persona valiosa para Ben. Ahora se había convertido en un riesgo.

El hecho de que Doug era un familiar lo hacía complicado. Ben quizá tendría que dejar de asistir a las reuniones festivas este año.

—Martin está en el salón de conferencias.

La voz de su secretaria por el intercomunicador lo trajo de nuevo a la realidad.

—Están listos para usted.

—Voy en camino.

En la puerta del salón de conferencias, Ben respiró profundamente, planeando su entrada. Entró con paso enérgico pero no muy deprisa. Se mantuvo firme y sonrió con amabilidad sin hacerlo abiertamente. Vestido en un traje negro de Armani con un corte italiano, Ben Fielding era una imagen de estilo, elegancia y capacidad por sus propios esfuerzos. Había ocho hombres en el salón, y todos los ojos estaban enfocados en él.

—Ben —dijo Martín—, estábamos hablando de ese sueño que nos explicaste en detalle hace diez años: ¡venderle una cosa de todo lo que tenemos a un país de mil doscientos millones de habitantes! —de repente la amplia sonrisa de Martin se evaporó—. Travis ha expresado algunas preocupaciones.

Ben levantó las cejas.

—La situación no es estable —dijo Travis—. No le tengo confianza a ese gobierno.

—China no será intimidada por nadie —dijo Ben—. Lo diré de nuevo. Si una nación dicta el futuro de todo el mundo, no será Estados Unidos. Será China. Mientras más rápido todo el mundo asimile esto, mejor podremos posicionarnos.

—Una cosa es segura —dijo Martín—, no hay otra compañía de semiconductores o microchip con nuestro acceso a Beijing o Shanghai. Entre Ben y Jeffrey, hemos establecido una gran cabeza de puente.

Martin Getz, mostrando dientes blancos y bien formados en una sonrisa tan grande que los atrajo a todos, era el director general de Getz Internacional. Su padre había comenzado la compañía en 1979, justo antes que la revolución de computación cambió el mundo.

—Bien, bien, señores. ¿Cuál es el informe de la fábrica en Shanghai?

—Todos los indicadores son positivos —dijo Jeffrey—. La producción todavía está subiendo. Con el socialismo perdiendo su control y los obreros recibiendo más por su trabajo, hay una nueva ética de trabajo china. Sin todas esas regulaciones paranoicas de seguridad y contra la contaminación, ellos hacen en una semana lo que nos toma a nosotros un mes.

—No quiero escuchar esto —dijo Johnny, juguetonamente cubriendo sus oídos—. Hay ciertas cosas que los abogados no deben saber.

—No podemos imponer normas estadounidenses sobre ellos —dijo Ben. Era una frase que él había repetido en muchas reuniones del equipo—. Y aun si pudiéramos, no tenemos el derecho. Pero podemos insistir en las más altas normas de calidad de productos. Y estamos obteniendo excelentes resultados. Esas personas son listas, inteligentes, ansiosas de trabajar. No conocen de sindicatos; solo están agradecidos de ganarse la vida y poder comprarse un refrigerador, un televisor, quizá una computadora.

La voz confiada de Ben demandaba atención. Su presencia impresiona. Martin era el jefe, pero Ben era el cerebro y la energía. Todo el mundo lo sabía.

—¿Es China aún nuestro mercado que crece más rápido? —preguntó Martin.

—En unos pocos años más serán nuestros mayores clientes, sin lugar a duda —dijo Ben.

—Desearía compartir tu confianza —dijo Travis—. Me parece que estamos entrando a un campo minado. Es una economía

inestable. Problemas de derechos humanos, demasiada construcción en Shanghai... sin mencionar la capacidad de Beijing de cancelar a cualquiera por cualquier razón.

—Son los capitalistas y los comunistas ayudándose unos a otros —dijo Ben—. Desde luego, ellos tienen problemas, pero están aprendiendo rápidamente. Lo he estado diciendo desde mi primer viaje a Beijing: China es nuestro futuro, señores. Nos ofrece las alianzas más rentables en el planeta. Y es un mercado de sueño hecho realidad.

Martin miró a Ben con manifiesta admiración.

—Hace diez años cuando nos dijiste que podías generar millones de dólares si estudiabas mandarín en el tiempo de trabajo, pensé que te habías vuelto loco. Pero dio resultados. ¡Hombre, sí que dio resultados! Ellos confían en nosotros, especialmente en ti y en Jeffrey. Tú hablas su idioma, conoces su cultura. Esa es nuestra ventaja —Martin se puso de pie—. Y yo quiero aumentar esa ventaja. He estado pensando en algo desde que asistí a esa reunión de un grupo de expertos gerentes generales de compañías Fortune 500 en Chicago hace un par de meses.

Martin miró alrededor del salón como siempre lo hacía antes de anunciar una idea de la cual estaba singularmente orgulloso.

—Desearía enviar a Ben a pasarse quizá seis semanas viviendo entre ciudadanos chinos comunes y hablando con ellos, la clase de personas que pudieran trabajar en nuestras fábricas y comprar nuestros productos. Ben, ¿qué hay acerca de ese antiguo compañero de cuarto universitario tuyo? Él vive en China, ¿cierto? Es un profesor, ¿no es así?

Ben asintió con la cabeza. El rostro juvenil de Li Quan invadió su mente y la llenó de recuerdos agrídulces. Era típico de Martin soltarle esta sorpresa con todo el mundo observando.

—Conocer la mente del consumidor típico ayudaría nuestra estrategia de ventas. Y serían excelentes relaciones públicas en ambos lados del océano. Nosotros seríamos la compañía que

envió a un vicepresidente que habla mandarín a vivir con ciudadanos chinos, para ver cómo son, y descubrir lo que necesitan. Es el enfoque de que “nos interesa el hombre común”. Algo que aumentaría la imagen de Getz grandemente.

Los otros miembros del equipo administrativo se miraron unos a otros, y después a Ben. Él titubeó. Pero cuando Martin se sentía prepotente acerca de una idea, casi siempre ocurría. Lo mejor que se puede hacer es estar de acuerdo con él y parecer brillante y leal.

—De todos modos, hablaremos más de eso después —dijo Martín—. Sigamos el orden del día. Nuestras ganancias del tercer trimestre van a asombrarlos. Cuando esto llegue a la Bolsa de Valores va a causar sensación.

Una hora más tarde Ben salió del salón de conferencias estrechando las manos de sus socios. Al salir por la puerta vio a Doug Roberts de pie junto a una máquina copiadora. Su estómago se revolvió. Miró su reloj.

Llamada de conferencia en seis minutos.

—Doug —le llamó—, la reunión tendrá que esperar hasta el lunes en la mañana. En mi oficina a las 7:30.

—Seguro. Pero de qué vamos a...

—Siete y media, el lunes. En mi oficina. Tengo una llamada de conferencia.

Ben pasó rápidamente frente a su secretaria, Jen, y entró a su oficina. Cerró la puerta detrás de él y se hundió en el cómodo sofá de visitas.

Hasta que sus vidas habían tomado direcciones diferentes, Doug había sido no solo un familiar, sino un buen amigo. Ben sabía que no podía permitirse pensar más de esa forma sobre él. Y si Doug aún consideraba a Ben un amigo, bueno... no lo haría por mucho más tiempo.